## RIGOBERTO LOPEZ VALDIVIA, UN PENSADOR CATOLICO

POF

## Nemesio Rodríguez Lois

«Una figura de las que necesita la Santa Iglesia hoy. Un cristiano ejemplar muerto cuando su obra prometía los mejores frutos». De esta manera, Fray Santiago Rodríguez, O. P. retrató de cuerpo entero la figura de don Rigoberto López Valdivia, quien había fallecido el 20 de marzo de 1984 y por cuyo eterno descanso el buen fraile dominico celebraba una piadosa misa en el bello convento de Santo Domingo de la ciudad de México.

El mundo se mueve según las ideas de sus intelectuales, razón por la cual el pensamiento de nuestros mejores hombres es digno no sólo de analizarse sino también de tomarse en cuenta.

Rigoberto López Valdivia fue un intelectual católico de nuestros días, un hombre que tenía plena conciencia de que los dones que el Altísimo le había conferido no eran para su lucimiento personal sino para hacerlos fructificar al ciento por uno.

Pero antes de seguir adelante preciso será recordar cómo son tres los factores que, de modo indeleble, marcan el carácter de una persona: La herencia, el medio ambiente y la voluntad.

El cargamento genético, las circunstancias que nos rodean y una férrea decisión por salir adelante son los golpes de cincel que hacen que del mármol bruto surja una espléndida obra de arte.

Y, una vez que el carácter ha sido moldeado, la persona

## NEMESIO RODRIGUEZ LOIS

posee ya una cosmovisión, o sea, un modo constante de reaccionar que habrá de plasmar en formas políticas, religiosas o filosóficas.

La persona tendrá ya su cosmovisión determinada, o sea, su muy peculiar visión del mundo que le rodea, y será entonces cuando se pretenda explicar esa realidad, elaborando un sistema filosófico.

En esta ocasión analizaremos brevemente la obra de un pensador católico en quien elementos decisivos de su personalidad fueron, precisamente, la herencia, el medio ambiente y la voluntad.

Analizaremos brevemente la obra y cosmovisión de don Rigoberto López Valdivia.

Nuestro hombre nació en el corazón mismo de los Altos de Jalisco, concretamente de Arandas, en el mismo día en que el santoral católico festeja a San Luis Gonzaga, o sea, un 21 de junio de 1920.

Arandas, ¡cuánto nos dice ese nombre! Nos recuerda Aranda y Peñaranda de Duero, en la provincia de Burgos; y nos recuerda también Peñaranda de Bracamonte y Peñarandilla, en la provincia de Salamanca.

Arandas, nombre de pura raigambre castellana.

Y es que Arandas —importante centro agrícola y ganadero del Estado de Jalisco— está enclavada en una región netamente hispánica, en una región donde sus actuales habitantes, los alteños, son descendientes directos de los españoles, debido a que no llevan ni una sola gota de sangre india en sus venas.

Nos cuentan viejas crónicas cómo los indios que habitaban aquella zona eran indómitos en grado sumo, razón por la cual, al no poder atraerlos a la vida civilizada, los conquistadores optaron por eliminarlos o ahuyentarlos, lo cual produjo que la región quedase deshabitada.

Buenas tierras son aquellas, motivo por el cual el vacío fue pronto ocupado por colonos españoles, cuyos descendientes directos son los alteños de nuestros días. Esa es la explicación por la cual en aquella región del Occidente de México encontramos rancheros de piel blanca, cabellos rubios y ojos azules.

Una zona en la cual no hubo mestizaje y a la cual los españoles llevaron sus costumbres y religión. Esa es la explicación por la cual los bravíos alteños se sienten descendientes directos de los conquistadores y misioneros españoles.

Tenemos, pues, el primer factor que habría de ser decisivo en la formación del carácter de López Valdivia: Desciende en línea directa de los españoles del siglo xvI y en más de una ocasión llegó a decirle a quien esto escribe que él era un español nacido en México.

Pero los Altos de Jalisco son también —y por lo mismo una región en la cual la fe de Cristo caló tan profundamente que, en la segunda década de este siglo, se va a convertir en el escenario principal de la Guerra Cristera, o sea, de la gran epopeya por medio de la cual el pueblo mexicano se levantó en armas sin otro anhelo que el de defender su Santa Religión.

Cuando la Cristiada está al rojo vivo, el pequeño Rigoberto es apenas un niño de escasos siete años, un niño al cual le toca ver cómo los esbirros de la masonería asesinan sacerdotes, violan monjas, profanan templos y fusilan cristeros.

Por razones de seguridad personal, la familia del pequeño se ve obligada a desplazarse hacia la cercana ciudad de León en donde Rigoberto va a cursar los primeros estudios.

Tenemos aquí el segundo factor decisivo en el carácter de López Valdivia: El medio ambiente que le rodeó durante sus primeros años fue un ambiente no sólo hostil, sino de marcada persecución contra la Iglesia Católica, a la cual el pequeño Rigoberto, al igual que muchos niños alteños de su edad, veía como una segunda madre.

Pero nadie mejor que el joven y brillante abogado Agustín López Padilla, hijo de nuestro personaje, para comentar esté momento que habría de ser decisivo en la vida de su ilustre padre:

«A partir de ese momento la mentalidad y la vida futura del licenciado López Valdivia, sus convicciones, sus amores, sus odios, sus pasiones, sus objetivos y su mentalidad prefilosófica quedaron definitivamente orientados: él iba a dedicar toda su vida a defender a Cristo y a su Iglesia; porque toda su vida se ha sentido 'cristero', hijo de 'cristeros'. Y su vida la dedicaría a odiar todo lo que se llamara 'Revolución'. Revolución con R mayúscula. Revolución en sentido peyorativo. Revolución como trastorno del orden cristiano, tanto del orden espiritual como del orden temporal» (1).

Llevando en su alma dos grandes amores —La España católica, evangelizadora de veinte naciones, y la fe de Cisto fue como se moldeó el recio carácter de López Valdivia.

Durante su etapa estudiantil, Rigoberto no fue uno de tantos, sino un estudiante distinguido que obtuvo el más alto promedio de calificaciones en su generación de preparatoriano y que ya en aquellos años destacó por sus dotes de líder estudiantil.

En su vida universitaria, en la UNAM, se distinguió por su labor dentro de la «Unión Nacional de Estudiantes Católicos» que, en la Facultad de Derecho, integró el Centro de Cuba 88, de donde surgirían con el paso del tiempo hombres que supieron mantener en alto los más sanos principios.

Pasan los años y el joven Rigoberto se convierte en abogado, pero no en un litigante cualquiera, de esos que se venden al mejor postor, sino en todo un jurista de altos vuelos que lo mismo diserta con profundidad sobre el Derecho natural, que utiliza su ciencia jurídica para hacer triunfar una causa justa en los tribunales.

Sus profundas convicciones católicas hacen que vea en el Derecho natural a la auténtica Ley de Dios impresa en el corazón de todo hombre.

Por eso es que López Valdivia ahonda en el tema y demuestra cómo el Derecho natural tiene un sólido fundamento filosófico. Duro golpe a los errores de Kant que divorcian al «Ser» del «Deber Ser». Fruto de este anhelo es su primer libro: El

<sup>(1)</sup> Trabajo presentado el 19 de noviembre de 1973, por Agustín López Padilla, en la clase de Filosofía del Derecho de la Universidad Iberoamericana.

fundamento filosófico del Derecho natural que fuera prologado por el insigne jurista don Luis Recaséns Siches.

Pero López Valdivia no se queda en meras especulaciones, sino que va más allá al comprender que de nada sirven los rectos ordenamientos jurídicos si éstos no se aplican en la realidad. Es necesaria una coherencia.

Y buscando esa coherencia fue cómo López Valdivia llegó a la conclusión de que los males que afligen a México se originan en lo erróneo de un sistema que ha fracasado en todos los órdenes.

Fue esa la razón por la cual analizó a fondo la realidad sociopolítica de México y fruto de tan serio análisis es la que quizás sea su mejor obra: La quiebra de la revolución mexicana, un libro que deberían de leer todos aquellos que se preocupen por conocer la verdadera causa de las desgracias que se han abatido sobre México.

Al llegar a este punto preferimos citar textualmente algunos párrafos medulares de dicha obra:

«Yo no creo que la corrupción de los funcionarios públicos pueda reprimirse a base de leves de carácter penal, porque la corrupción tiene sus raíces en la pésima educación que recibe el pueblo, educación laica que ignora a Dios, y el que no tiene temor de Dios muy dificilmente puede temer las leyes de los hombres; pero algo se lograría si esta ley de responsabilidades se aplicara. La verdad de las cosas es que el gobierno no tiene voluntad de aplicarla porque el día que se aplicara real y efectivamente, sin contemplaciones, se resquebrajaría el sistema político que impera en el país, ya que la revolución mexicana (hija natural de la Revolución Mundial) en el fondo es eso: una 'robolución', es el arte de robar desde el gobierno. En el siglo pasado la revolución juarista robó los bienes de la Iglesia. Nada tiene de raro, pues, que la revolución mexicana del siglo xx se haya robado los bienes de los hacendados y ahora trate de robarse los bienes de los propietarios urbanos» (2).

<sup>(2)</sup> La quiebra de la revolución mexicana, Editorial Tradición, primera edición, México, 1982, pág. 131.

Pero no vaya a pensarse que López Valdivia es un simple crítico del sistema que condena por el simple afán morboso de condenar. Nada de eso; nuestro hombre, al examinar los fallos del sistema, propone la que sería solución a todos nuestros males:

«La salvación de México no se obtendrá nunca por el ejercicio de la democracia electorera ni mucho menos exigiendo la plena vigencia de nuestra Constitución, que es completamente negativa, sino mediante la reimplantación en el país de los valores que dieron origen a nuestra nacionalidad, o sea, la religión católica, que sociológicamente es el lazo de unión entre los mexicanos, la cultura española, sin desconocer los elementos valiosos que haya en la cultura indígena, y la formación de grupos directores, valiosos por su preparación intelectual y moral» (3).

Una vez señalados los valores cuya reimplantación habrá de regenerar el alma nacional, López Valvidia da un paso más, situándose en el terreno de la praxis, al pedir intelectuales no sólo valiosos sino también valerosos:

«Lo que México necesita ahora es la formación de élites intelectuales que profesen la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, liberándose de los mitos del mundo moderno y de los mitos de la Revolución mexicana y que sean capaces de ofrendar su vida, si es necesario, en defensa de esas verdades; no les pido que se dejen arrastrar al foso de los leones o al sacrificio de los primeros cristianos en el circo romano. Será bastante con que tuvieran el valor de decir la verdad, aunque tuvieran que perder sus posiciones políticas y sociales» (4).

Pero, aparte de jurista y sociólogo, López Valdivia fue también teólogo, y resultado de sus preocupaciones en esta materia son sus libros: Notas sobre socialismo y progresismo religioso y La ciencia-ficción de Teilhard de Chardin.

En estas dos obras, el autor desentraña los verdaderos orígenes de la herejía progresista, madre de los teólogos de la liberación, quienes, a su vez, son los que han inspirado a esa

<sup>(3)</sup> Ibid., pág. 153.

<sup>(4)</sup> Ibid., pág. 166.

## RIGOBERTO LOPEZ VALDIVIA, PENSADOR CATOLICO

plaga de curas guerrilleros que tantos hogares han enlutado en Hispanoamérica.

En su ensayo acerca de Teilhard de Chardin, López Valdivia desenmascara al hereje más peligroso de los tiempos modernos y demuestra con sólidos argumentos cómo las conclusiones del autor de *El fenómeno humano* necesariamente nos llevan al ateísmo.

En efecto, los errores de Teilhard de Chardin bien podrían resumirse de la siguiente manera, al decir de López Valdivia:

- a) Niega la Creación desde el momento en que plantea la llamada Metafísica de la Unión, que está en abierta contradicción con la Metafísica del Ser que defiende Santo Tomás de Aquino.
- b) Niega el Pecado Original y su transmisión.
- c) Niega la existencia de Adán para, en cambio, sostener una absurda tesis poligenista.
- d) Habla de una evolución continua según la cual el Bien y el Mal convergen hacia el Cosmos para encontrarse en el llamado Punto Omega.
- e) Sostiene que Dios creó una humanidad pecadora, la cual es una tesis horrenda, pues implica que Dios es un ente perverso que puede ser causa directa del Mal.
- f) Y, como colofón, afirma que no tiene sentido la Redención.

En suma, las conclusiones de este seudoteólogo no sólo nos llevan al panteísmo, sino que nos colocan en el ateísmo. A este respecto nos dice López Valdivia:

«El ateísmo actual no es de gentes que hayan llegado a la convicción de que Dios no existe por la vía de la especulación filosófica o científica, sino que son bribones a quienes no les conviene creer que hay un Dios que los va a juzgar. El problema actual consiste más bien en que se tiene una idea caricaturizada

de Dios. El Dios en que creen muchas gentes, porque así se lo han enseñado los curas progresistas, es un Dios bonachón; más que manso, menso; que no castiga a nadie y que todo lo perdona; lo que, además, ha traído como consecuencia que el mundo moderno haya perdido la noción del pecado» (5).

En la obra citada, el autor analiza también el proceso revolucionario que ha llevado a la humanidad a su triste situación ac-

tual, y, al hacerlo, lo resume de la siguiente manera:

«La humanidad ha venido retrocediendo en un sentido regresivo hacia la barbarie, desde el siglo XIII hasta la fecha. El siglo XIII fue el siglo del apogeo del Sacro Imperio Romano-Germánico (la mejor estructura política que ha conocido la historia) y del Papado; fue el siglo de las Universidades y del apogeo de la Escolástica (el siglo de Santo Tomás de Aquino: el más privilegiado cerebro que Dios ha regalado a su Iglesia, como dijera Salvador Abascal); el siglo de los fueros provinciales que limitaban el absolutismo de los reyes; el siglo de las cruzadas, que son la más alta epopeya y aventura guerrera de todos los tiempos (no hay ningún episodio en la historia universal en que se haya derrochado tanto heroísmo y tanta fe como en las cruzadas, independientemente de que los resultados políticos no hayan sido duraderos); el siglo de los gremios de artesanos, que son la mejor forma de organización profesional que ha conocido la historia.

»De entonces para acá la humanidad viene retrocediendo, y me temo que no parará hasta que llegue a la gran apostasía dentro de la cual reinará el Anticristo, a quien Cristo Nuestro Señor destruirá "con el aliento de su boca". La humanidad ha progresado sólo en sentido tecnológico, si es que se le puede llamar progreso a una forma de tecnología que ha conducido a la fabricación de armas de guerra capaces de destruir a toda la humanidad en unas cuantas horas.

»Después del siglo XIII se inició la decadencia con los negadores de Santo Tomás, como Duns Escoto, y los nominalistas. Lue-

<sup>(5)</sup> La ciencia-ficción de Teilhard de Chardin, Editorial Tradición, primera edición, México, 1981, pág. 149.

go vino el Renacimento, que puso al hombre en el lugar de Dios, y que, por lo tanto, fue un retroceso hacia el paganismo. Luego el desgarramiento protestante (que actualmente inficiona profundamente a la Iglesia Católica); siguió el desatre, así le llama Llorca, "el desastre de la Revolución Francesa", con todo su acompañamiento de iniquidades y de mitos, entre ellos el mito estúpido de la democracia atomista, en la cual cree Teilhard, y, por fin, la tremenda aberración marxista, doctrina de idólatras del Estado, que también inficiona profundamente el cuerpo de la Iglesia; marxismo del que Chardin era gran simpatizante, y por eso los marxistas del mundo entero se han encargado de proyectar su figura y sus escritos mediante una perfecta orquestación de todos los medios masivos de comunicación, para enredar incautos» (6).

Profundo en sus conceptos el maestro López Valdivia. Un intelectual de altos vuelos, un verdadero filósofo de la Historia que, con su interpretación, permite que desentrañemos rectamente el acontecer humano al iluminarlo con el faro de la Teología.

Pero no se crea que López Valdivia fue un hombre de gabinete, esto es, un sabio que se pasaba el día entero aislado del mundo y rodeado de polvorientos volúmenes. Juzgar así a don Rigoberto sería un craso error.

Don Rigoberto López Valdivia fue ciertamente un hombre valioso en el campo intelectual, fuese jurídico, socioeconómico, filosófico o teológico.

Pero nuestro hombre, aparte de valioso, fue también valeroso, y prueba de su valentía —sello característico de las nobles gentes de los Altos de Jalisco— fue la serie de valientes desplegados que publicó en la prensa nacional para protestar contra las tendencias socialistas de los presidentes Luis Echeverría y José López Portillo.

Pero, aparte de intelectual valioso y valeroso, López Valdivia fue también generoso, y prueba de su generosidad lo constituye la desinteresada ayuda que siempre dio a quienes luchaban en defensa de la libre empresa. López Valdivia ayudaba a quienes la

<sup>(6)</sup> Ibid., págs. 147 y 148.

defendían porque sabía muy bien que estaba defendiendo la base sobre la cual descansan todas nuestras demás libertades.

«Nosotros no creemos en las ventajas del Estado empresario», nos dice en uno de sus libros. «No es función del Estado meterse a comerciante, industrial o agricultor, ni mucho menos a banquero. El capitalismo monopólico de Estado o apropiación por el Estado de todos los instrumentos de producción de bienes o servicios ha resultado un fracaso en todas partes del mundo, como lo hemos dicho muchas veces» (7).

Prueba de su inagotable generosidad fue también el apoyo que dio a la difusión de la cultura católica, especialmente a la Editorial Tradición, pues sabía que la raíz de nuestros problemas se encuentra en la incultura que aflige al pueblo mexicano.

«Quienes tuvimos la oportunidad de conocerlo y tratarlo», diría Juan de la Borbolla con motivo de su deceso, «recordaremos siempre su hombría de bien y su claridad sin tapujos que a muchos comprometía y molestaba, pero que todos debemos agradecer, ya que con don Rigoberto no había, no podía haber hipocresías o engaños, en su corazón no existían recovecos; todo él era amplio y abierto, quizá por eso mismo fue por lo que ese gran corazón prefirió en un momento dado dejar de latir antes que perder alguno de esos atributos específicos que tuvo durante toda la vida» (8).

Don Rigoberto, casado con doña Silvia Padilla de López Valdivia, fue también esposo y padre ejemplar de numerosa familia. Hombre coherente que vivía como pensaba porque en su corazón anidó siempre el temor de Dios, ese santo temor que le hacía tomar plena conciencia de que todos nosotros tenemos en este mundo una misión pendiente de ser cumplida, que llegará el día en que Dios Todopoderoso nos llamará a cuentas y que en el renglón en que el Altísimo se pondrá más severo será quizás en los llamados pecados de omisión.

«El comunismo es otra forma de religión», nos dice López

<sup>(7)</sup> La quiebra de la revolución mexicana, págs. 301 y 302.

<sup>(8)</sup> El Heraldo de México, martes 27 de marzo de 1984.

Valdivia, «Esta es la peor forma de despotismo que ha habido en la historia de la humanidad, y tenemos obligación de combatirlo, porque ya dijo Dante que las llamas más ardientes del infierno son para aquellos que en las horas de las grandes crisis permanecen neutrales» (9).

Estas frases nos pintan a López Valdivia tal como era, ya que nos lo presentan como un católico militante, que consideraba un estricto deber de conciencia salir al campo de batalla en defensa de su Santa Religión, de su Patria y de la Civilización Occidental.

También con motivo de su deceso, Alejandro Gutiérrez Balboa comentó lo siguiente:

«Rigoberto López Valdivia representa un eslabón en la larga cadena de hombres que han tenido y tienen una visión clara de lo que es México, la Nación signada por la Proviedncia que tiene un destino histórico por cumplir a pesar de los obstáculos aparentemente infranqueables.

«Su vida fue el testimonio vivo de un católico militante y esto ha signado todos sus quehaceres» (10).

Don Rigoberto López Valdivia se fue de entre nosotros el martes 20 de marzo de 1984, en el último día de invierno del Año Santo de la Redención, y al irse en esa fecha tan significativa podemos decir que entró en un mundo mejor, justo cuando la primavera se inicia.

Un hombre noble y valiente que siempre sometió sus acciones ante el sabio, justo e inapelable juicio de Dios.

Un intelectual de altos vuelos que falleció en el seno de la Iglesia Católica en la que él quiso vivir y militó con su pluma y con su vida.

Un católico militante a quien México tanto le debe.

Rigoberto López Valdivia ¡Misión cumplida! ¡Descanse en paz!

<sup>(9)</sup> Ibid., pág. 189.

<sup>(10)</sup> El Heraldo de México, miércoles 4 de abril de 1984.